



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.54

— POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTOESCA —



UNA MUJER DE ÁVILA.—DIBUJO A PLUMA, ORIGINAL DE ENRIQUE OCHOA



# INSEPARABLES

UNA tarde dejó de acudir uno de los viejos al café. El otro anciano que con el ausente solía sentarse en la mesa más resguardada del bullicio y el aire, allí donde los gatos se adormilaban y el camarero repasaba sus cuentas o chupetaba un cigarrillo; el otro anciano hubo de resignarse a la soledad, frente a la taza vacía que se destinaba a su compañero, y contemplándose en el abandono de un humoso espejo que lo reflejaba con una melancolía infinita. Por último, un poco más despacio que nunca, confiando en que el fugitivo iba todavía a aparecer, se retiró humillado y triste. Al lado del dúo de los abuelos congregábase una tertulia de cazadores de aquellos antiguos, de los de perro y anda, que andarás, cenáculo en que la comunión en un exclusivo vicio juntaba heterogéneas gentes, desde un general a un vendedor de granos en la plaza pública. Los vecinos, rudos y cordiales, que apunaban las anilladas botellitas de ron, preguntaron por el señor Lorente a don Eduardo. Y éste, que esperaba y temía la amable indagación, apenas acertó a contestar unas palabras sin sentido, afrentado en su ignorancia, como un amante víctima de una burla. Se fué, mascando las hieles de una rabieta senil.

Don Eduardo y el señor Lorente eran el único vestigio de una época ya entonces desaparecida; algo así como el palo mayor que sobresale de un barco naufrago. Ambos gozaron fama y fortuna, y ahora vivían al calor del rescoldo. Su pueblo, la capital de una provincia levantina, los olvidó a medias, aunque muchas veces hablaba con frases creadas y divulgadas por los dos solitarios. El don había sido un insigne sainetero en dialecto, y el señor, el principal de sus intérpretes. Nuevos tiempos trajeron nuevas modas, con que autor y actor yacían postergados. Sólo, allá de cuando en cuando, un grupo de aficionados y regionalistas desempolvaba una de las obras tan celebradas ayer. Con ese motivo, una momentánea ráfaga animaba el bosquecillo de laurel ya casi mustio. El efímero alivio bastaba a los supervivientes, que se consolaban de su inevitable decadencia amparándose en un mutuo efecto y no dejando de verse ni un día en el café, no menos arcaico que ellos, don su centenar de lunas y su decorado granadino, estatuas de lámparas, las bolas para guardar los paños y el olor a tarima regada y a tabaco. Entrambos enternecedores espectros acudían allí invariablemente, y luego daban un paseito por la alameda de la ciudad.

Y he aquí, de pronto, interrumpida la costumbre, diríamos el rito. Tampoco el prófugo asistió la tarde siguiente. Ni la tercera, ni la cuarta, después de la fecha terrible. Don Eduardo no podía soportar su angustia y su vergüenza, y decidió buscar al desleal. Bohemio de siempre, habitaba el histrión una casuca en el camino del mar, en medio de huertas y cañaverales, sin otra compañía que la de un perro. Allí se dirigió el intrigado camarada. Y apenas entró en la misteriosa vivienda, comprendió lo que ocurría, y que era precisamente lo que él temía y sospechaba, bien que rechazase la hipótesis por cobardía de hombre egoísta y caduco. Salieron a recibirle una comadreja ofensiva y el tufo de unos medicamentos. Sí; el señor Lorente estaba enfermo, muy malo, al extremo de que el doctor no daba esperanzas. Los años, las reliquias de una existencia desordenada, el alcohol... Escuchaba don Eduardo, taciturno y en silencio, quizás arrepentido de su visita, desmoralizado ante el espectáculo que venía a turbar su

reposo precavido y sibarítico, miedoso de un contagio. La enfermera lo empujó al abismo:

—Suba, suba... Se alegrará mucho el pobrecito... Pensábamos avisar a usted...

El moribundo, en efecto, se recobró con la presencia de su inseparable. Se hallaba en un camastro, desde donde alcanzaba el panorama de los campos, que comenzaban a reverdecer y en que resaltaba la caldera de una fábrica de gas para el alumbrado urbano. Calvo, sin afeitarse, seco y envuelto en lanas sudadas, ofrecía un aspecto repugnante. El vidrio polvoriento, la escasa luz de la estancia, el vaho de las medicinas, agotaron la resistencia de don Eduardo, tan pulcro y pusilánime. Sin embargo, avanzó heroicamente, sucediendo que pisara una cosa blanda y de que salió un aullido: el can, tumbado en la esterilla de junco. Aquello acabó de irritar al atemorizado intruso, que ya sin fuerzas se desplomó en una butaca deshecha, como quien se entrega a la fatalidad. Y en tanto, el señor Lorente reía con su malignidad perpetua, agudizada ahora por su dolencia, que le agriaba el carácter y hacía sensible a la mal disimulada aprensión de su amigo.

Por poco no riñen los viejos en aquella entrevista, que acaso fuese la postrema. Don Eduardo se quedó con las ganas de culpar al cómico de su postración, lógico remate de sus truhanerías de antaño. Pero le impresionó la enorme laxitud en que se laminó el agónico tras el esfuerzo de su risa. Además, con su instinto, con su necesidad de agradador sempiterno, el infeliz farandulista iba seduciéndolo al oído. Con mano insegura le señaló una marchita corona, recuerdo de una noche gloriosa para entrambos. El sainetero desarrugó el ceño. Evocaron los instantes divinos. Despabilándose y exaltándose, se incorporó el señor Lorente entre las almohadas. Pidió a don Eduardo que descolgara una fotografía que, con su marco de listón dorado, pretendía ornar el muro. Ya se destiñó en un tono violeta. Representaba una cuadrilla teatral, en pirámide, que remataba el propio señor Lorente, immortalizado en una cabriola, según correspondía a su condición de caricato. También don Eduardo figuraba en la pequeña muchedumbre, presidiendo, en el puesto de honor. Había unas mujeres, lamentables y enternecedoras, con sus capotitas y sus polisones. Ellos lucían pantalones a cuadros, camisolas con tirillas de garabato de multiplicar, levitines ribeteados. Y en una columna de mármol de cartón, una chistera campanuda...

—¿Te acuerdas, Eduardo?

Imposible no conmovirse. El desangrado daguerrotipo tenía fragancias de rosa en el rosal, como las flores secas del amor. Esa veintena de siluetas fantasmales constituyeron la caravana que llevó por toda la costa mediterránea el triunfo del sainetero. Siempre, al mirar en su casa un ejemplar del retrato hecho en el momento supremo de su carrera, sus ojos se dulcificaban acariciantes. Y en la ocasión presente, la exhumación adquiría una intensidad profunda, al par penosa y consoladora.

—¿Te acuerdas, Eduardo?

Con su dedo de uña seca, el comediante iba distinguiendo a sus colegas: Rípol, sin rival en el bilingüe. Paco Sanz, al que intentaron contratar en Madrid, sin que nada consiguiese apartarlo de los suyos. Amparo Aguirre, una odalisca. Doña Pepa, la característica. Vicenta García del Castillo, que se retiró y se casó con un Labrador rico, poniendo-

se muy gruesa... La pobre Rosalía, que pereció de una manera trágica en un incendio...

Uno a uno, ningún nombre faltó en la lista poco menos que póstuma. Con la perspectiva que imponían las circunstancias, se borraron los defectos, las emulaciones, el regusto de travesurillas amorosas, los mil sinsabores de la refriega en común. El mismo don Eduardo, redimido de su mezquindad de veje bien conservado y feliz, se aproximó al enfermo, respiraba su hábito, comparaba su alucinación, que era otra fiebre...

En esto, tornó Lorente a su debilidad. Al punto se enfrió y recobró don Eduardo su aspereza desconfiada. Una pausa, mejor una tregua para agredirse. Al

cabo, el cómico murmuró, con una sonrisa indeseable de venganza y empizamiento, o de fraternal despedida, ya con reflejos celestes; murmuró su último chiste de caricato, la ocurrencia, la morcilla definitiva:

—Todos se han ido ya—dijo—. Ahora me toca a mí... Los encontraré en el cielo, donde nos dedicaremos como en la tierra a representar tus obras...

Se ahogaba y descansó, para añadir con una dulzura inefable:

—Tus obras gustarán mucho y se pedirá el autor... Y tú, Eduardo, amigo mío de mi alma... ¡pobre Eduardo!..., tú tendrás que morirte... para salir a escena...

Federico GARCIA SANCHIZ

# GITANERÍAS

HAY unos hombres a los cuales no les pueden interesar los problemas ferroviarios. Son los gitanos. Esa raza única, que conoce como ninguna todas las fatigas de las andanzas sobre la tierra, la ha recorrido casi siempre a pie, utilizando, a lo sumo, en caso especial, el caballo, más como mercancía que como medio de transporte.

Señores de la tierra, de verdad no han creído necesario jamás acotarla; les ha bastado con estar en pie sobre ella, dejando a los demás el cuidado de apropiársela para los negocios. Y así, sin propiedad, sin vivienda, ni han cultivado las ciencias, ni han tenido más artes que aquellas en que basta únicamente el tiempo para desarrollarlas. Son músicos y poetas, y no hay noticia alguna de un gitano que haya sido arquitecto, ingeniero, constructor o simple maestro de obras.

En la lucha que sostienen las razas entre sí, como ésta, riquísima en factores psicológicos, de una sencillez purísima, los pone diametralmente opuestos a otra, sobrevive en la contienda por la necesidad de acción de su enemiga.

Las cosas suceden como si la batalla hubiese de librarse entre gitanos y judíos. Son los dos tipos irreductibles. La superación de los caracteres de uno, provoca la aparición de los caracteres del otro.

La influencia judía, tantas veces exagerada por los antisemitas, principalmente por los que no tienen dinero, es quizá mucho menor que la ejercida por los gitanos. Aparentemente, parece mayor aquella por la constante presentación de ciertos caracteres físicos; pero de hecho, el espíritu ambulatorio y desordenado—la anomia, que decimos los técnicos—se hereda más seguramente que el cabello lacio, la piel bronceada y el equilibrio de las formas.

Así, además de los originarios, pertenecen a una raza los que se incluyen en ella por adopción, adaptación o influencia.

Y el espíritu gitano ha hecho más conquistas que el espíritu judío entre los hombres, porque positivamente no exige dinero y favorece la libertad.

La bohemia literaria, muy lejos del gitanismo, por lo que se ha separado de su origen al tener que desarrollarse en la ciudad, es—quién se atrevería a decirse a tantos escritores y artistas inteligentes que se están haciendo en todas partes!—una forma conservadora del desarreglo y el desorden. Una influencia gitana que penetra en la vida social como defensa contra la absorción judaica, que pide demasiado dinero para todas las cosas: para ser sabio, para estar sano y hasta para ser bueno.

Murger, gitano por adaptación, aunque lo fuera de veras allá a lo lejos, negó del verdadero gitanismo y su obra

fué incluida en el Índice Expurgatorio el 20 de junio de 1864, por insincera. Las *Escenas de la vida bohemia* le parecieron a Pío IX poco veraces. Murger influyó, sin embargo, en el agitanamiento universal. Su obra dió origen a óperas, cuadros, esculturas, a los rótulos de algunas tiendas y a varias marcas de fábrica.

En el fondo no se debía a él esa influencia, sino al deseo de oponerse a la brutalidad financiera y económica del mundo, propulsada por los pobres gitanos trabajadores del hierro, al servicio de los señores de las máquinas de los trenes, de los buques y de las grandes industrias.

John Bunyan, el gran místico del movimiento y de la acción, hijo de un calderero acampado en Elstow, del señorío de Bedford, ha sido el gitano que más ha influido en los destinos del mundo. Su *Pilgrim's Progress*, esa joya de la mística mundial, ha sido, desde mediados del siglo XVII, el comentario bíblico más interesante de los baptistas británicos.

Los gitanos han tenido también su hombre de ciencia, aparte del meritisimo Silvestre Boswell. El enciclopedista y polígrafo más grande del siglo XIX fué Andrew Lang, poeta, historiador, filólogo, novelista, crítico, etnógrafo y periodista. Nadie ha conocido con él todo el valor de Homero, ni nadie como él ha notado el valor de las razas y de su psicología para el estudio del Derecho, de la Religión y del Arte.

Una observación suya destruyó la unidad de la obra de Max Muller, que hacía derivar tantas cosas de las enfermedades del lenguaje. Y unas pocas páginas en pro de Juana de Arco dieron al traste con las ligeras investigaciones de Anatole France sobre la última santa de Francia.

Toda su labor ingente, colosal, tan variada, distinta y dispersa fué hija del genio de su raza, que parece desordenada y perezosa, pero que es francamente activa y desdeña la comodidad.

La musa gitana, llena de tristeza y melancolía, no es lo único que han impuesto esos desheredados a los señores de la tierra. ¿Qué es lo que hay y lo que palpita en lo que impulsa a las aventuras y a los descubrimientos? ¿Es que sin ese espíritu ambulatorio, sin ese afán de seguir el camino, se pueden hacer investigaciones científicas?

No quiero creer que la erudición y la poligrafía sean completamente gitanas. Pero esa curiosidad es algo.

Por lo demás, me repugnaria muchísimo ver un mercado de ganados lleno de gitanos y chalanos, engañándose con bicicletas, en vez de engañarse con mulas y rucios de desecho.

Rafael URBANO



# LOS ÚLTIMOS VERSOS DE TOMÁS MORALES



La Muerte, como saben los lectores, nos ha robado al magnífico poeta, que tantas veces enalteció con su numen pomposo las hojas de *Los Lunes*. He aquí, en fragmentos, lo último que escribió. Son unos versos a Victorio Macho, el escultor cuyo cincel, como si presintiera el truncamiento de esa vida intensa, había hecho bronce la efigie del cantor de *Las Rosas de Hércules*, consagrando su imagen y su espíritu en la perennidad de un arte fraternal.

¡Otra vez, Prometeo!  
Tú mismo, compelido por infernal deseo,  
robar quisiste el ascua del luminar sagrado  
con que animar, eterno, tus plásticas escenas.  
De los astros llegaban canciones de sirenas,  
queriendo entre sus filtros dejarte aprisionado;  
mas tú, sutil y osado,  
cerrando los oídos a las mentidas voces,  
regresaste a los pobres orígenes humanos,  
trayendo, entre las manos  
intactas, una chispa del fuego de los dioses...

¡Plaza al vidente!... ¡Plaza!  
Ya la Fama serena  
la profusión de sus clarines suena,  
y ya a tu sién enlaza  
el mirto ilustre y la preclara yedra;  
¡vidente mozo de la pura norma,  
que haces surgir la Forma  
de la inercia del leño, del metal y la piedral

Materiales caóticos,  
que sueñan en estados alotrópicos  
del FIAT de tus labios a la espera;  
y a tu alrededor, con actitud entera,  
tenaces, yerguen sus macizos mudos,  
vírgenes y desnudos,  
tal cual los pare el Bosque, la Mina o la Cantera...  
¡Inexpresivos bloques en los que nada vibra;  
pesados monolitos de arquitectura plana;  
y que han de ser, por obra de tu robusta fibra,  
un Héroe, un Manébo o una Mujer, mañana!..

Pasa el cortejo de tus creaciones:  
los inclitos varones,  
las rígidas siluetas  
de los hombres del agro castellano,  
la montaña y el llano,  
místicos, marineros y poetas...

El Sol por las aristas de tu *Galdós* resbala;  
la esperanza en el gesto de la *Piedad* culmina;  
y en un descenso místico, por invisible escala,  
*La estela funeraria de San Justo*, señala  
la ruta sin retorno que hacia el no ser camina...

Tú has visto la figura de la Parca, tú sabes  
leer los geroglíficos de sus misterios graves  
y descubrir el fondo de sus negras quimeras  
mirando por los antros de sus órbitas huera.  
Tú conoces el trismo del mentón espantoso,  
la tenebrosa insidia, la taciturna rabia;  
y escuchas, cual preámbulo del funeral reposo,  
su paso cauteloso  
y el frote imperceptible de sus goznes sin savia.

Ella pone en las bocas espasmos de agonía,  
aprieta un pecho joven con implacable anhelo,  
o, descarnada, envuelve su escueta anatomía  
en la monjil mortaja de tu hermano Marcelo...

Ella el pavor nocturno del Más Allá rebasa,  
crispa unos flacos dedos en postrimera ayuda  
y deja que el Espíritu se disuelva en la masa  
esbozando una forma femenina y desnuda...

Alonso Berruguete revive en ti su afán;  
en tu jardín las Musas descifren su tocado  
y Buonarroti enorme, con gesto iluminado,  
por tu taller adentra su sombra de titán.

Loor a ti, maestro,  
que el pensamiento acoplas con el dominio diestro;  
e infundes a tus bloques con pródiga medida,  
igual que un Dios magnánimo, multiplicado y fuerte,  
los dos extremos polos de la verdad habida:  
¡Al monumento, VIDA,  
y en el sepulcro, MUERTE!...

Tomás MORALES

Busto por V. MACHO.—Ornamentación por E. BRAÑEZ.



# La cola del dragón



HACE mil y pico de años, el pueblo de Melocotones Floridos no tenía dragón, cosa denigrante para un pueblo chino que se respeta. Los habitantes acabaron por hacer llevar uno con grandes gastos y dificultades, pues en el camino el animal se iba comiendo a cuantos le conducían, y era necesario renovar constantemente su escolta.

La alegría fué grande en el pueblo cuando se le vió llegar con su cabeza de león, su cuerpo de quimera, sus patas de tigre y, sobre todo, su larguísima cola, que parecía una serpiente de cascabel. Y entre grandes festejos quedó instalado en una gruta, donde se dedicó desde entonces a cumplir su misión: echar llamas por las narices, lanzar rugidos atronadores y devorar anualmente un respetable número de personas.

En una palabra, todos los habitantes del pueblo—excepto los devorados—estaban encantados con su dragón.

Pero un día el dragón se tragó, por descuido o glotonería, el galápagos predilecto de la princesa Cuarto Creciente de Luna, hija del emperador Sol Poniente XVIII.

La princesa, furiosa, armó tal jollín, que su padre hizo proclamar que recompensaría con cien sacos de arroz a quien matase al dragón culpable. El vencedor no necesitaría cargar con el dragón entero, como prueba de su victoria.

(Ya que para muestra basta con un libotón, traería tan sólo la cola del dragón.)

La proclama añadía, que al que intentase la empresa y fracasase se le castigaría con arreglo a su rango, a saber:

Si era noble, sería tratado como noble: decapitado.

Si era villano, sería arrojado al agua, como un perro.

Yo no sé si a los chinos no les gusta el arroz, o no les agrada ser tratados según corresponde a su rango; el hecho es que ni el primer día ni el segundo se presentó nadie para matar al dragón culpable.

Por aquel entonces vivía en China un hombre que era joven,

valiente y pobre, y se llamaba Chi-Fla-Dín, condiciones todas muy útiles para meterse en grandes empresas.

Se presentó en palacio, ofreciéndose para intentar la aventura y pidiendo para ello una espada y un elefante. Luego marchó fieramente hacia la gruta, con gran desconsuelo de la «Asociación de Vecinos» de Melocotones Floridos, amenazada de quedarse nuevamente sin su dragón.

Al acercarse a la gruta ante la cual se hallaba el monstruo rugiendo y envuelto en llamas, Chi-Fla-Dín cogió una rama e hizo cosquillas al elefante debajo de la trompa. El elefante estornudó, arrojando una ducha sobre el dragón, cuyas llamas se apagaron en el acto; y mientras el monstruo se sacudía como un perro que sale del agua, Chi-Fla-Dín le atravesó con su espada; y, claro:

el pobre dragón, ya viejo, se murió como un conejo.

El vencedor se apresuró a cortar la cola; pero ésta se le escapó de las manos, y, plantándose en medio de la carretera, habló en los siguientes términos:

—Te agradezco en el alma el servicio que me has prestado matando a este dragón a quien estaba sujeta, y quiero pagártelo. Si te comprometes a no separarte nunca de mí, yo te prometo, a mi vez, que te serviré de montura, llevándote siempre al lugar que me indiques en el espacio de medio segundo.

Chi-Fla-Dín se comprometió con alegría a no separarse de una cola de tan relevantes méritos, y para probar su valor se sentó sobre ella, y dijo:

—Llévame al palacio del emperador.

Al punto se halló ante el palacio; toda la corte salió a recibirle, rodeando al soberano; cuando vieron al que había llegado montando la cola del dragón, el asombro y el entusiasmo fueron indescriptibles. En aquel momento salía la princesa Cuarto Creciente de Luna en persona; la princesa era la chinita más bella del mundo; tenía el pelo tan liso y tan negro, que su cabecita parecía de ébano barnizado; su tez era más amarilla que un limón, y relucía de tal modo, que se hubiera jurado — aunque su brillo era natural — que se la había untado de aceite; en cuanto a su nariz, parecía un garbanito, y sus ojillos podían confundirse con las rendijas de una hucha en miniatura.

¿A qué decir más? Ya comprenderéis que Chi-Fla-Dín no pudo menos, al ver tal belleza, que sentir el dardo envenenado del amor atravesar su tierno corazón; precisamente la princesa se había encaprichado de la cola encantada y declaró rotundamente que la quería para ella.

—No puedo regalarla — dijo Chi-Fla-Dín, aunque el corazón le sangrase por tener que negar aquel capricho a la linda chinita.

—Papá, cómprame la cola encantada — ordenó Cuarto Creciente de Luna.

Tampoco puedo venderla — dijo Chi-Fla-Dín.

Ante una negativa tan descarada, el emperador frunció el ceño, y Su Alteza se tiró al suelo, entregándose a una patalita de padre y muy Budha mío.

—Hay un medio de arreglarlo todo, ¡oh, bella y adorable princesa! — dijo Chi-Fla-Dín.

Se inclinó hasta que su trenza barrió el polvo ante los pies de la niña, y declaró:

—Concededme vuestra mano, y la cola de dragón será de los dos.

Lo bonito hubiera sido que la princesa accediese a casarse con el vengador de su galápagos; pero Cuarto Creciente de Luna, siendo tan bella, era, sin embargo, ¡ay!, orgullosa y antipática; negó su amarilla manita y, además, pidió a su padre que la vengase de la afrenta que le hacía



aquel osado villano. El emperador, dócil y obediente, como padre que conoce su oficio, ordenó a sus guardias que se apoderasen de la cola encantada y la pusiesen en manos de la princesa; que entregasen al vencedor los cien sacos de arroz que le correspondían como premio de su victoria, y luego, que le arrojasen al agua, con o sin los comestibles, a voluntad, según mereciera por su descaro.

Pero Chi-Fla-Dín no esperó a que se cumpliera la sentencia; saltó sobre la cola del dragón y dijo:

—Llévame a la Luna.

Al medio segundo estaba allí, haciendo burla al emperador y a toda la corte, incluso a la princesa, que se había desmayado de rabia.

Sin embargo, Chi-Fla-Dín no se hallaba muy a gusto en la Luna, porque tenía miedo de caerse, y ordenó a su montura que le volviese a llevar a la Tierra; pero a sitio seguro.

Medio segundo más tarde se halló ante un palacio, y en lugar de la cola de dragón vió a una dama, que le decía:

—Soy la hija del rey de este país; un día,

una bruja, por venganza, me hizo la mala chanza de cambiarme de sopetón en la cola de un dragón.

Pero ya mi tiempo de pruebas ha terminado, merced a tu intervención, y tengo el gusto de ofrecerte mi mano.

Como era aún más bella que Cuarto Creciente de Luna, y como Chi-Fla-Dín había olvidado ya a la altiva y caprichosa princesa, se apresuró a enamorarse de esta otra y a aceptar con mil amores su amable oferta.

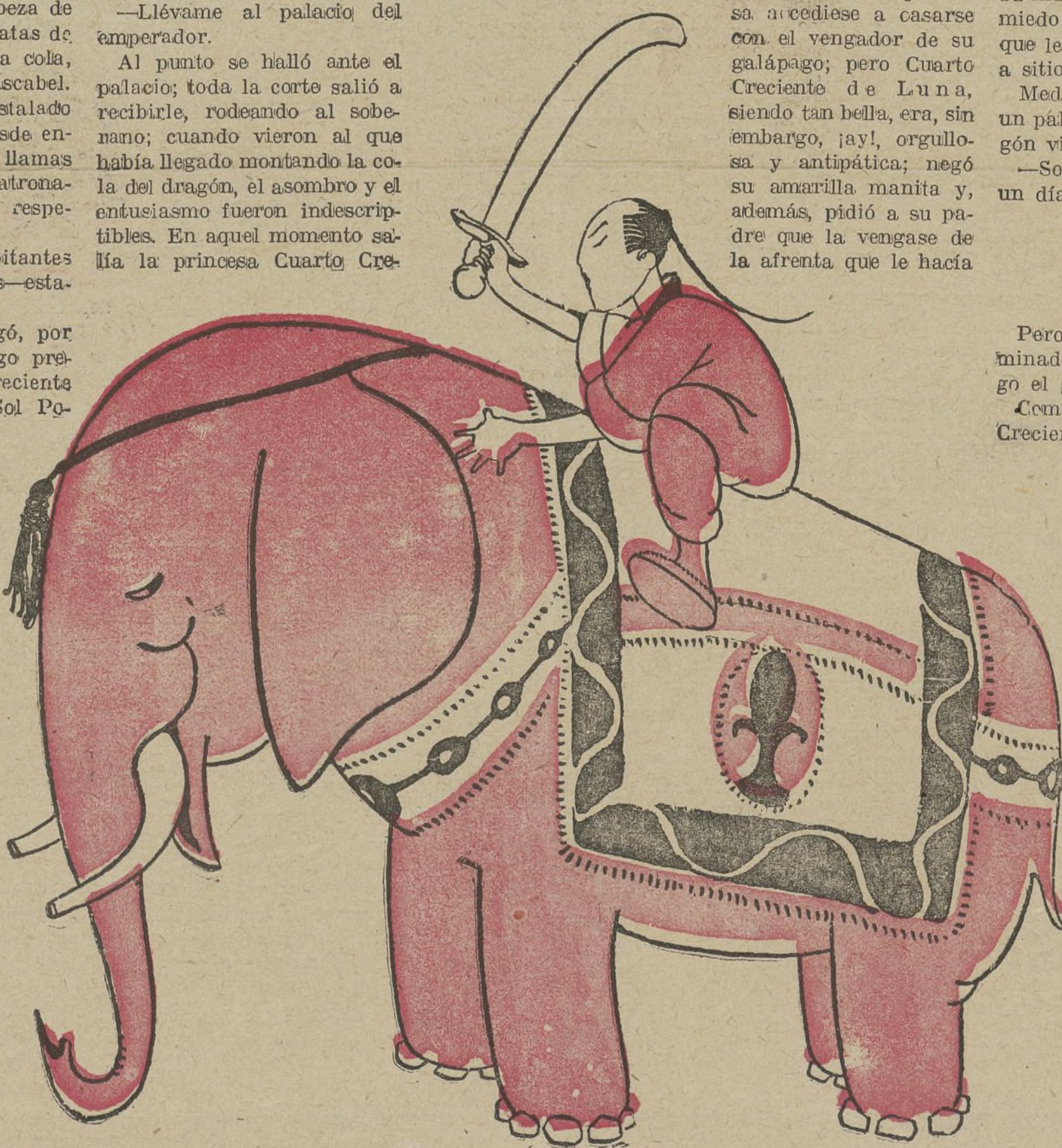
Verificóse en seguida la boda, y hubo cucuñas, disparo de cohetes, carreras en sacos y concierto por la banda municipal.

Vivieron muy felices en el palacio real, que era de un papel rizado estupendo, y Chi-Fla-Dín se vió tan colmado de atenciones por los padres de su esposa, que no volvió a acordarse siquiera de los cien sacos de arroz, a los que se había visto precisado a renunciar.

En cuanto a la princesa Cuarto Creciente de Luna, tengo oído que, en vista de sus defectos y a pesar de su belleza, se quedó soltera, y siguió amargando la existencia de su padre el emperador Sol Poniente XVIII, y coleccionando galápagos.

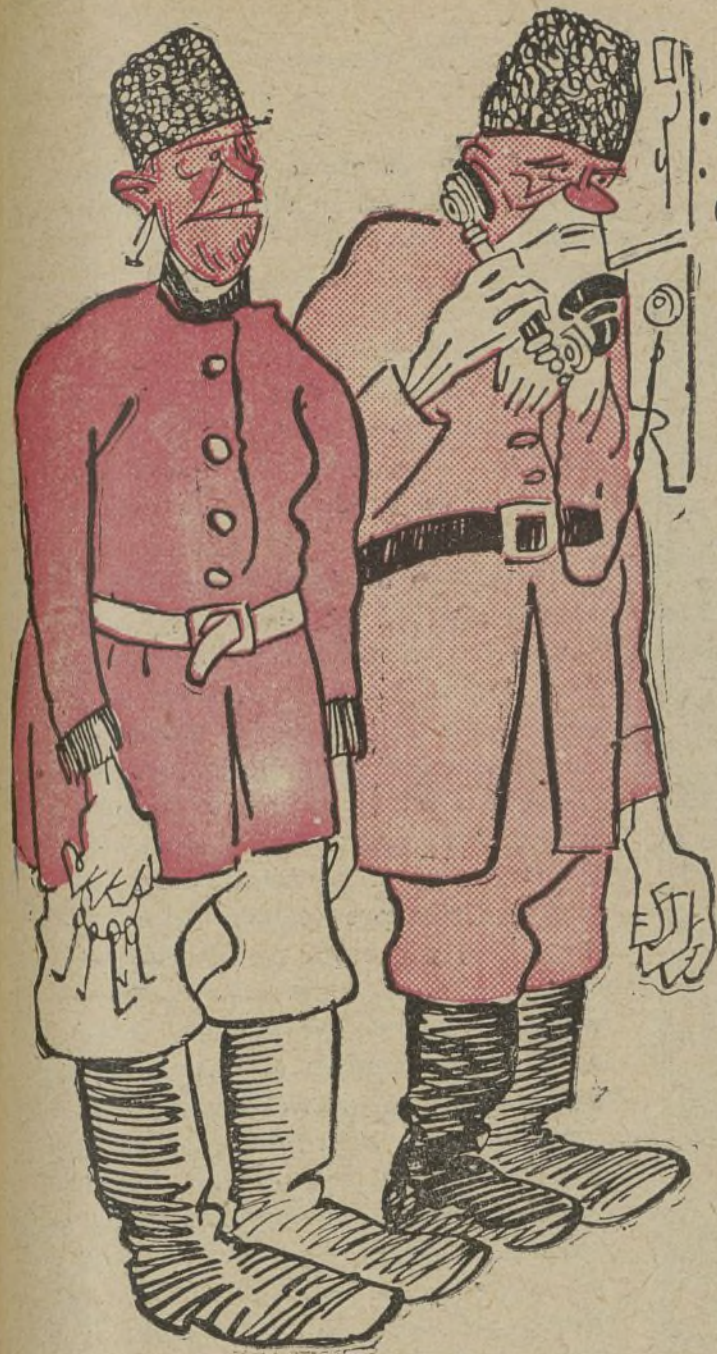
Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.





# Los ladrones...



garlo. Me temblaban las manos de impaciencia.

—¿Central?... 223-20.

—¿Otra vez?... ¿Quién es?—preguntó momentos después una voz desapacible.

—¿Es el 223-20?

—¡Sí, sí, sí! ¿Qué quiere usted?

—Y usted, ¿quién es?—grité furioso, al par que intrigado.

Mi misterioso interlocutor pareció vacilar.

—El amo de la casa—contestó al cabo una voz insegura—ha salido.

—¡Vaya una noticia!—vociferé.—

¡Ya sé que «he» salido! ¡Porque el amo de la casa soy yo!... ¿Quién es usted y qué hace ahí?

—Espere un momento... No estoy yo solo. Voy a llamar a mi compañero... Gricha, ven; a ver si te entiendes con este señor.

Alguien respondió cerca del aparato, con colérico acento:

—¡Qué pesadez, Dios mío! ¡No le dejan a uno trabajar!

Y añadió por teléfono:

—¿Quién es? ¡No paran de llama-

mar! ¿Qué quiere usted?

—¿Qué hace usted en mi piso?—rugí.

—¡Ah! ¿Es usted el amo de la casa? ¡No sabe usted lo que me alegro!

—¿Cómo?

—¿Tendrá usted la bondad de decirnos dónde están las llaves de su escritorio, verdad? Llevamos un gran rato buscándolas...

—Pero, ¿qué dice usted?

—¡Que estamos volviéndonos locos buscando las llaves de su escritorio!

—¿Para qué?

—Para no vernos obligados a descerrajar los once cajones, lo cual, además de ser muy molesto, sería una lástima, porque el escritorio es magnífico. Lo menos le habrá costado a usted doscientos rublos. ¿Qué necesidad hay de destrozar un mueble así?

A medida que hablaba, con voz a cada instante más firme y tranquila, mi nuevo interlocutor, yo iba arrebátandome, poniéndome fuera de mí.

—¡Ah, canallas!—grité—. ¿Han penetrado ustedes en mi piso para robarme? ¡Espérense! ¡Allá voy! ¡No tardará en caer sobre ustedes el peso de la ley!

—Sus amenazas, caballero, no nos asustan—respondió la misma voz, serena, persuasiva—. Antes de que llegase usted tendríamos tiempo de sobra para huir. No conseguiría usted nada viniendo. Lo mejor sería que nos dijese dónde están las llaves del escritorio.

—¡Ladrones! ¡Bandidos! ¡Bergantes! ¡Granujas! ¡Debian ustedes estar ahorcados hace tiempo! Pero no tardarán en tener su merecido, canallas!

—¡Qué tontería, caballero! ¡No se ponga así! Sea razonable. Nosotros le hablamos tranquilamente, sin arrebatarlos. En vez de estropear el escritorio, descerrajando los cajones, le preguntamos a usted dónde están las llaves. Debía usted agradecerarnoslo y no emplear esas expresiones groseras.

—No puedo hablar de otra manera con sinvergüenzas como ustedes.

—¡Mida usted sus palabras! No contestaremos a sus injurias; pero las castigaremos, si no se reporta, destrozando con un cortaplumas la tapicería de los sillones y del sofá, y dejaremos en un estado lamentable el escritorio y la biblioteca. ¡Figúrese usted qué bonito quedará su despacho! Nada de esto le sucederá si nos trata con cortesía.

—¡Tiene gracia!—dije yo en tono conciliador—. Póngase usted en mi lugar: penetran ustedes en mi piso, me saquean y aún pretenden que les trate como a unos caballeros!

—¡Pero si no le arruinamos a usted! Aunque nos llevemos algo, ¿qué importancia tiene eso para usted? A nosotros, en cambio, no nos sacará de pobres, pero nos ayudará a vivir.

—Me hago cargo—repuse, con una voz alterada por la emoción y que estaba seguro de que había de conmoverles profundamente—. Lo que no acierto a comprender es el provecho que les reportará a ustedes estropear los muebles.

—Ninguno; pero no podemos tolerar sus insultos.

—Bueno, no les insultaré más. Veo que son ustedes hombres inteligentes, razonables. Incluso reconozco que tienen derecho a cierta indemnización por el trabajo que, sin duda, les habrá costado entrar en mi casa. Habrán ustedes invertido algunos días en los preparativos; habrán tenido que estudiar mis costumbres, vigilar mis salidas, etc., etc.

—¡Ya lo creo! No es todo eso tan sencillo como se figura la gente...

—¡Lo comprendo, amigos míos, lo comprendo! Lo que no me explico es para qué necesitan ustedes las llaves del escritorio.

—Podía usted suponerlo.

—Pues, nada; confieso...

—¡Para buscar el dinero, caramba!

—¡Ah! ¿Ustedes se figuran que está en uno de los cajones?

—¡Claro!

—Pues están ustedes en el mayor de los errores.

—¿Se burla usted?

—No; les hablo con el corazón en la mano.

—Entonces, ¿dónde está el dinero?

—Debo advertirles que tengo muy poco y que, además, está muy bien escondido... Díganme francamente cuáles son sus aspiraciones.

—¿Cómo?

—¿Qué piensan ustedes llevarse consigo... de lo que me pertenece? No tendrán ustedes queja de mi lenguaje, ¿verdad?

—No, señor; no. En otros términos: quiere usted saber lo que pensamos robar, ¿no es eso?

—Ha traducido usted mi pensamiento con admirable exactitud.

—Pues bien; tranquilícese usted: no pensamos robarle gran cosa. Como comprenderá usted, no podemos llevarnos objetos muy voluminosos, pues

nos expondríamos al despertar las sospechas del portero. He aquí lo que hemos elegido: un poco de plata labrada, un gabán, una gorra de pieles, un



despertador, un pisa-papeles de plata...

—No es de plata—advertí yo amistosamente.

—Entonces, lo dejaremos. En su lugar nos llevaremos la cigarrera. Es una verdadera obra de arte.

—Oigan, amigos míos, comprendo su situación y me pongo en su lugar. Han tenido ustedes la suerte de poder penetrar en mi casa. Supongamos que su empresa termina tan felizmente como ha comenzado. Supongamos que el portero no les ve o, si les ve, no recela nada

de ustedes. ¿Y después? Naturalmente, llevarán ustedes los efectos elegidos a casa de cualquier indecente comprador de objetos robados, que les dará por ellos una miseria. ¡Conozco a esa gentuza! Ustedes arriesgan su libertad y, no pocas veces, su vida, mientras que esos señores no arriesgan nada y participan del botín,

siendo siempre su parte la parte del león.

—¡Es verdad!—suspiró mi interlocutor.

—¡Y tan verdad como es! Siempre ocurre así bajo el régimen capitalista: el capital explota al trabajo. En realidad, quienes roban no son ustedes, sino ellos. ¿Acaso son ustedes peligrosos para la sociedad? ¡Nada de eso! Quienes lo son son esos explotadores, esos vampiros, que constituyen el mayor azote de la vida contemporánea. Compañero, querido amigo, le hablo con entera sinceridad: yo, por varias razones no es del caso enumerar, aprecio mucho esos objetos, mientras que ustedes los venderán, y ¿qué sacarán de ellos? ¡Casi nada! No creo que les deriven cincuenta rublos...

—¿Cincuenta? Si nos dieran veinticinco podíamos decir que habíamos hecho una gran venta.

—¿Ve usted? Acabaremos por entendernos, queridos amigos. Tengo dinero en el despacho, no lo niego. Poca cosa, como les he dicho: ciento quince rublos. Sin mis indicaciones no los encontrarán ustedes. Si nos ponemos de acuerdo les

ESTANDO yo de visita en casa de Krasavin y entregado a los goces de una amena charla, entró la criada y me dijo: —Le llaman a usted por teléfono. La miré asombrado.

—¿A mí? ¡No es posible! No le he dicho a nadie que venía aquí...

—Sin embargo, le llaman a usted.

Me encogí de hombros y seguí a la criada al recibimiento, donde estaba instalado el teléfono.

Descolgué el auricular y, lleno de curiosidad, apliqué el oído.

—¿Con quién hablo?

—Con Chevakov. Oye, estamos en el cabarete de la Alhambra. Sólo faltas tú. Ven en seguida.

Yo contesté:

—No puedo. Tengo que ultimar un asunto urgente. ¿Cómo es que, no habiendo nadie en mi casa, pues la criada se ha ido a pasar el día con sus padres, sabes que estoy en casa de Krasavin? ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Vamos, no bromees! Acabo de telefonar a tu casa y me han contestado que estabas ahí.

—O yo me he vuelto loco o quien bromea eres tú. Mi piso está cerrado con llave, y la llave la tengo en el bolsillo. ¿Quién puede haberte contestado?

—No sé. Una voz masculina desconocida me ha dicho: «Debe de estar en casa de Krasavin.» El que me ha hablado no parecía muy dispuesto a continuar la conversación, porque se ha apresurado a colgar el auricular. Yo he supuesto que sería algún paciente tuyo.

—¡Chico, me dejas turulato! Me voy en seguida a mi casa. Dentro de veinte minutos sabré de qué se trata.

—Pero, ¿para qué esperar tanto?—replicó Chevakov, a quien aquel misterio, según se advertía en su acento, empezaba a interesarle—. Telefona a tu casa y tendrás de dudas en seguida.

—Tienes razón!

Colgué el auricular y volví a descol-





# LOS GRANDES CARTELISTAS EXTRANJEROS

## CAPPIELLO



diré dónde están. Podrán ustedes llevarse cien; los quince restantes me los dejarán para los gastos urgentes. Una vez en su poder los cien rublos, se retirarán sin llevarse los efectos. Les doy mi palabra de honor de no denunciarlos a la Policía. Consideraré todo esto un negocio puramente privado, un negocio entre camaradas, que a nadie, fuera de nosotros, le interesa. ¿Aceptan ustedes?

—Sí; pero...

—Mi interlocutor pareció titubear.

—Pero ¿qué?

—La plata labrada la hemos empaquetado ya.

—No importa; déjenla empaquetada.

Nueva pausa.

—¿Y no teme usted que nos llevemos el dinero y los efectos? ¿Tanta confianza le inspiramos?

—¡Ah, queridos amigos! Estoy seguro de que no harán ustedes eso. No son ustedes bestias. Y tengo la convicción de que, en el fondo, hasta son unas buenas personas.

—Sí; pero... la maldita vida que llevamos; este pícaro oficio... ¿Comprende usted?

—¿No he de comprender? Y les compadezco a ustedes de todo corazón. Si yo pudiera hacer algo por ustedes... Pero volvamos a nuestro asunto. Tengo plena confianza en su honradez. Si me dan su palabra de honor de no llevarse los efectos, les diré dónde está el dinero; pero a condición, ya lo saben, de que me dejen quince rublos: los necesito. ¿De acuerdo?

El ladrón, esforzándose en contener la risa, contestó:

—De acuerdo. Le prometemos dejarle los quince rublos.

—¿Y no llevarse los efectos?

—También se lo prometemos.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Muy bien. Gracias. Ahora, escuche usted: encima del escritorio hay una caja de sobres, azul. En el fondo de esa caja, debajo de los sobres, está el dinero. Cuatro billetes de veinticinco rublos y tres de cinco. Confíese usted que nunca se les hubiera ocurrido buscar el dinero ahí.

—Lo confieso.

—Al irse, tengan la bondad de apagar la luz.

—Descuide usted.

—¿Han entrado ustedes por la escalera de servicio?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues, al salir, hagan el favor de cerrar con llave para que no puedan entrar ladrones.

—Descuide usted.

—¡Ah, otra cosa! Si se encuentran con el portero, díganle que han ido a llevarme unas pruebas de imprenta. Como me las llevan con frecuencia, el portero no se escamara. ¡Adiós, y buena suerte!

—Gracias. ¿Dónde dejamos el llavín?

—Debajo del felpudo. ¿El despertador no se ha parado?

—No, señor.

—Muy bien. ¡Buenas noches, amigos míos!

— Cuando volví a casa encontré sobre la mesa del comedor un envoltorio, tres billetes de cinco rublos y una cartita concebida en los siguientes términos:

«El despertador está en la alcoba. Dígale a la criada que cuide mejor la ropa: el cuello del gabán está apollillado. No olvide usted que nos ha prometido no denunciarnos.—Gricha y Sergio.»

Al oír esta historia mis amigos, declararon unánimemente que yo sé arreglarmelas muy bien en las circunstancias más difíciles.

Quizá tengan razón.

A. AVERCHENKO

Traducción de N. TASIN.

Dibujos de ROBLEDANO.

SACHA Guitry, el autor, comediante, pintor y caricaturista, en unas cuantas crónicas de arte publicadas en tiempos en que sus exaltaciones pictóricas corrían parejas con sus iniciaciones dramáticas, afirmó que Capiello había sido el inventor de la caricatura de teatro, declaración un tanto aventurada y a la que tal vez pudiera oponerse firme argumento, que, por otra parte, en nada aminoraría la labor del gran cartelista y dibujante, de este artista pleno de sensibilidad y malicia y del que podría asegurarse que es «el hombre que ha dado más y mejores gritos en la calle». ¿No recordáis la tan sabida definición de lo que debe ser el cartel anunciador? «Un grito en la calle»; pues bien, Capiello ha sido, y es, el maestro en el difícil arte de vocear artísticamente en la vía pública.

Pero, temperamento sometido a finezas y observaciones, su voluntad creadora no se ha reducido a cultivar un solo género, y así, persiguiendo actitudes y gestos y descubriendo a través de ellos la verdadera psicología de cada tipo, se ha creado una personalidad como caricaturista que le sitúa en el mismo plano, en cuanto a valor positivo, que el que pueda ocupar un Sem, un De Losque o un Forain. Sin embargo, ya que citamos a los tres maestros anteriores, es de advertir que los caracteres diferenciales del arte de Capiello separan su procedimiento de la ironía de Sem, de la virulencia que Forain pone en la sátira y del amable humorismo de De Losque. Capiello se contenta con hacer un comentario lleno de sugestiva picardía, y con él dice cuanto se propuso decir, y lanza

«la charge» de modo tan original y preciso, que por lo justa atrae y por lo moderna cautiva siempre.

De Capiello se ha dicho «que fué el artista comprensivo que reanimó el humorismo francés, señalándole una nueva fase». Y, en efecto, tal vez sea el admirable cartelista el que de modo equilibrado haya conseguido alcanzar un nuevo y perfecto concepto del humorismo. Y tal perfección acaso tenga su origen en el sentido abstracto que Capiello otorga a todo lo grotesco, sentido indudablemente deducido del principio que Hipólito Taine sustentaba para dicho género artístico; pues en tal modo de expresión, según el espíritu analítico que creó la «Filosofía del Arte», confundíanse todas las formas y se acunulaban las alusiones paganas a las reminiscencias bíblicas; las abstracciones germánicas, a términos técnicos; la poesía, al argot, y los arcaísmos, a los neologismos. La libertad subjetiva que, degenerando en arbitrariedad, varía indefinidamente la perspectiva del artista. La demostración puede hallarse fácilmente en este caso, analizando la obra del artista toscano. No es su trazo violento, nervioso: es simplemente correcto, y siempre caricatural; pero, a la vez, esencialmente decorativo.

Gran dominador de la línea en su manera sintética, descúbrense una armonía plástica de sutileza y gracia. Al arte de Capiello conviene bien la frase que Thackeray tenía para el humorista, a quien titulaba de «predicador laico, con habilidad bastante para dar el paso adelante, que quiebra el ritmo de lo normal». Extraordinario impresionista del rasgo, el lápiz del dibujante va en pos de una

síntesis perfectamente razonada; pero, lograda la síntesis, la obsesión del observador traspone la forma, y por ello dice Capiello que «entre sus líneas queda caricaturizada la mirada más que los ojos, y la sonrisa más que la boca», con lo que consigue dar expresión a lo moral; y véase cómo de tal modo queda dignificado el trazo deformativo. ¿No se ha compendiado en justa frase todo el valor que tenía el señalar la impureza de la realidad, afirmando que más le debía la moral al temor de la sátira que al amor de la virtud?...

La técnica de Capiello es varia, multiforme; pero, no obstante, en todo su complejo procedimiento hay como una relación de elegante donosura, que es, como nota determinante, enlace que funde y unifica la idea. De la manera de resolver un cartel al logro de una sintética figura, sálvese una gran distancia. E' uno es la ensambladura de tonos puros, casi siempre destacándose sobre fondo negro, y aunque resulte un tanto paradójica la afirmación, armonizados de modo detonante, estridente, y, en todo caso, «muy cartel»; el otro es una línea llena de puras delicadezas, y en la que no existe nunca la menor agresión; pero los dos medios de expresión hallanse enlazados por un principio común: la distinción, la elegancia, que en una y otra prueba ofrécese como el motivo que animara de continuo la concepción de la obra. Ved, si no, uno de sus últimos trazos de cartelista. Dos espléndidos pavos reales blancos yerguen y recortan la pureza de su tono sobre un fondo de coloración opuesta.

Edmundo Jaloux ha dicho de esta obra que el mayor acierto hubiera sido anunciar con ella un florido jardín. Fijad luego vuestra atención en aquella página publicada por «Fémina» con el título «La Gavota de la *matinée* del Trocadero», y apreciaréis toda la cortesía y cortesía meliflua del XVIII entre las líneas que reproducen los rasgos de madame Bartet y Fougère, Coquelin aîné y Sara Bernhardt, Brasseur y la Réjane, Carlota Wyns y Le Bargy. Notaréis que la intención en ambas producciones es la misma frase pulcramente dicha, y adornada con los más vistosos y apropiados atavíos. Descubriréis, a poco que os interese la verdad del conjunto, una pericia y condición extraordinarias, depuradas por un instinto sutil, finamente adaptable a cuanto significa corrección y galanura; y de ahí la preferencia de Capiello por tratar en arte la figura de mujer, a la que no obstante haber caricaturizado desde los comienzos de su profesión, rindió constantemente los mayores respetos, haciéndola conservar, aun en el aspecto deformativo, su nota de graciosa feminidad.

No es Capiello artista que por insuficiencia de medios o falta de habilidad haya tenido que acogerse a los géneros, que para muchos son los *segundones del arte*; Capiello es un notabilísimo pintor de retratos, y tal vez por ello culminen sus excelencias en la caricatura personal, como es un admirable temperamento para cuanto signifique resolución de temas decorativos, y, sin duda, por tal causa, alcanza su nombre fama mundial en el arte del cartel. «Se han desdeñado la caricatura y el *affiche*—ha dicho el maestro—, y, sin embargo, en la una está el origen del trazo determinante de cada cual y, como consecuencia, del retrato, así como el otro es la resultante más completa del arte aplicado o decorativo.» Y la afirmación no puede ser más cierta. El arte, que «tuvo siempre el derecho a sonreír», al decir de Mantz, encontró en el caricaturista al hombre que poseía el secreto de la refracción de la vida, un mucho de observador y no poco de excéptico en el modo de apreciarla.

G. PALENCIA TUBAU



# TODAVÍA?

— Teatro rápido —

Ha terminado la frugal cena de los ancianos. La criada, pizpireta y menudita, recoge el servicio. El ha encendido un cigarro. Ella da una ojeada al periódico de la noche, que ya leyó el marido. La criada se retira, después de terminada su tarea.

El (echando una bocanada de humo).— ¿Estamos a quince de julio, ¿no?

ELLA.—Sí. Mañana es el Carmen.

EL.—Hoy hace cuarenta años. Sí... ¿No te acuerdas?

ELLA.—No. ¿De qué?

EL.—Sí, sí. Fué el 15 de julio del 81.

ELLA.—No sé a qué te refieres.

EL.—Estábamos en el balneario de Villanueva. Allí nos encontramos con mi amigo Pepe Ferrándiz...

ELLA.—¿No hables de eso! ¿A qué viene recordarlo cuando han pasado cuarenta años?

EL.—Por eso, porque ha pasado tanto tiempo, podemos hablar de ello. Ya somos viejos; podemos hablar de todo sin peligro.

ELLA.—¿Es una tontería que te atormentas?

EL.—¿Crees que cuando los dos tenemos el pelo completamente blanco nos puede atormentar el hablar de eso? No; para nosotros ya no existen las pasiones.

ELLA.—¿Ya pasó... Pasó y está muy lejos en la lejanía que da el transcurso de casi medio siglo. Pepe Ferrándiz te dio el amor. Bien a pesar suyo, lo sé; pero se enamoró de ti, de la mujer de un amigo. Y el amor pudo más que la amistad, y se te declaró.

EL.—Ferrándiz ya ha muerto.

ELLA.—Sí. Hará unos veinte años. ¡Pobre muchacho! (Continuando.) Se te declaró, y tú... tú parecías dispuesta a aceptar el amor que él te ofrecía.

ELLA.—¿Una locura! ¿Una chiquillada! Se tiene tan poco seso a los veinte años! Pero tú ya me lo perdonaste.

EL.—Te lo perdono. ¡No te lo había de perdonar! Cuando se quiere como yo te quiero, todo se perdona... Te lo perdono y olvidé mientras fué necesario que te olvidara. Ahora vuelvo a recordarlo porque te lo repito—ya no hay ningún peligro; está ya tan distante, que lo vemos fríamente, como si nos hubiera sucedido en otra existencia anterior.

ELLA.—Lo que yo nunca he podido comprender es que dejara de perseguirme

súbitamente, sin que hubiera razón aparente para ello. Aún más: recuerdo que coincidió su retraimiento con un viaje que hiciste precipitadamente a Madrid, porque te reclamaba tu tío Onofre.

EL.—Por ese viaje que hice a Madrid dejó de perseguirte. No me llamó el tío Onofre.

ELLA.—¿No? ¿Y dices que ese viaje fué la causa de que cesara la persecución de Ferrándiz? ¡Cada vez lo comprendo menos!

EL.—No me llamó el tío Onofre, no. El telegrama que enseñé a todo el mundo era un telegrama falso, de comedia. Yo dudaba de vosotros. Vi que Pepe te quería y que luchaba con su deber de amigo. Pero no sabía cuál era tu actitud. Y yo necesitaba encontrar un medio para alejar a Ferrándiz, para hacer que, a lo menos, cesara de cortejarte. Mostrarme como marido celoso no era solución. Era ponerme en ridículo a los ojos de aquel mundo en pequeño, como todos los balnearios; era servir de comidilla durante todo el verano a aquellas lenguas voraces. Y, además, con eso no se conseguía nada. Refiría con Pepe; probablemente llegaríamos al duelo, y nada más. El seguiría queriéndote. Lo que yo necesitaba era que él hiciera un esfuerzo de voluntad y dejara de quererte. Y lo conseguí.

ELLA.—¿Cómo?

EL.—Ensené a todos el telegrama falso y preparé precipitadamente el viaje. Y media hora antes de salir el tren llamé a Ferrándiz y le hablé reservadamente.

ELLA.—¿Le hablaste?

EL.—De ti.

ELLA.—¿De mí?

EL.—Y me mostré celoso, terriblemente celoso.

ELLA.—Entonces...

EL.—Me mostré celoso, pero no de él; de los demás. Le dije que tenía miedo a dejarte allí, sola, entre tanto hombre que iba a caza de aventuras, y que te confiaba a él, al único amigo que allí tenía. Que me iría tranquilo si me daba su palabra de honor de que guardaría el mío. Y me la dió. ¿Comprendes ya?

ELLA.—Sí.

EL.—Desde aquel momento no te volví a dirigir una palabra de amor. Y cuando, a las dos semanas, volví al balneario, tomé el tren y se fué lejos, muy lejos... ¡No le hemos vuelto a ver! Supe que el mismo día de su marcha te devolví un par de cartas que le habías escrito. Y también supe que tú no le devolviste las suyas.

ELLA.—Las rompí a los pocos días, cuando vi que eras tan bueno, cuando

vi que lo sabías todo y que también todo lo perdonabas.

EL.—Ahí termina la historia. Si todos los maridos fueran tan prudentes como yo lo fui, y todos los hombres fueran tan caballerosos como lo fué él, no sucederían muchas cosas.

ELLA.—¡Oh!

EL.—¿Qué?

ELLA.—Nada. Tienes razón.

EL.—¿Qué te pasa?

ELLA.—Nada; ya lo ves.

EL.—A ti te sucede algo. ¿Es acaso que me equivoqué al creer que ya no había peligro en recordar?

ELLA.—¡Jacinto, por Dios! ¿Has podido creer?... ¿Me das un beso?

ELLA.—Toma los que quieras, antes de que se terminen, antes de que nos marchemos los dos...

EL.—¿Yo me maravillo cuando pienso en el esfuerzo, en el sacrificio que por mí hizo Ferrándiz! ¡Era un buen chico! ¡No le guardo ningún rencor!

ELLA.—¿Te vas a acostar ya?

EL.—Sí. ¿Y tú?

ELLA.—Yo, ahora; dentro de un rato. Aún no he hecho mis rezos.

EL.—Hasta mañana.

ELLA.—Hasta mañana.

El sale. Ella deja que corran las lágrimas, que, a duras penas, ha estado conteniendo. Por el balcón, abierto de par en par, entran el atrevillo de la noche y los gritos de la calle. Se oye la cantata de las niñas que juegan en la plaza vecina. Y ella sigue llorando, llorando... De la casa de enfrente llegan las estridencias de un gramófono comprado a plazos. Y sigue llorando por el amor que no debió morir y que ha muerto; por el amor que ella nunca ha olvidado. Sueña la campana del reloj.

ELLA.—Las once.

Saca un cofre. Y de él salen unas cartas amarillentas y resobadas, un retrato, un librito de versos, unos papelitos con frases escritas a lápiz, una pitillera vacía. Mira el retrato. Lo besa. Y lee por milésima vez aquella media docena de cartas, que son sus rezos. Está sentada de espaldas a la puerta. Envuelto en un babin, silenciosamente, él está en el umbral, estirando el cuello hacia adelante, cuanto puede para ver de quién son aquellas cartas y aquel retrato. Y, sin darse cuenta, él suspira. Ella se vuelve bruscamente.

ELLA.—¡Tú!

EL.—¿Aún, Rosa?... ¿Todavía?

Antonio GASCON

# LECTURAS

Mundo Latino ha puesto a la venta el volumen III de las Obras completas de Paul Verlaine. Son bellas narraciones en prosa, traducidas por E. Puche.

Guido da Varona, el originalísimo escritor que en breves años ha popularizado este pseudónimo en Italia y Francia, y que tan general éxito ha conseguido en España con *La vida comienza mañana*, muestra su personalidad de una manera clara y definida en la interesante novela *Lo que no se debe amar*, que acaba de publicar Mundo Latino.

El «Caballero Audaz» ha publicado un nuevo tomo, que titula *De pecado en pecado* y que contiene varias novelas cortas muy interesantes y llenas de color.

Cuidadosamente editado, se ha puesto a la venta el drama en cinco actos *El Jayón*, original de Concha Espina.

Acaba de aparecer una interesante novela de D. Manuel R. Alvarez Puente, titulada *El naviero Más*.

El ilustre literato americano Manuel Ugarte ha reunido en un grueso tomo, editado por la Casa Maucci, sus más bellas poesías.

La Casa Bailly-Baillière ha editado *Asociación de ideas en la química teórica*, por D. Alberto San Román y Rouyer.

## EDITORIAL MUNDO LATINO

### Novelas de aventuras.

Nueva colección popular de Mundo Latino, que está obteniendo un gran éxito; 200 a 300 páginas, 3 pesetas.

VAN PUBLICADOS:

	Pesetas.
L. CHADOURNE: El dueño del navío.....	3
E. CAZAL: Otro hombre invisible.....	3
A. R. ANTIGUEDAD: Pedro Moro, el aventurero.....	3

Mundo Latino sólo publica libros de primer orden. Pídale el Catálogo que acaba de publicarse al Apartado 502.—Líbrería, Caballero de Gracia, 28.

# AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

== BÓVEDA (LUGO) ==



# FABRICA DE RELOJES

# CARLOS COPPEL



FUENCARRAL 27  
MADRID

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ  
REPERAS A PROVINCIAS CATALOGOS GRATIS

ESPECIALIDAD RELOJES CON ESFERA LUMINOSA CON RADIUM  
(SE VE EN LA OSCURIDAD, SIN LUZ)

## CALLOS


Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébelo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

### ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca  
Se desmonta en todas sus partes.  
Todas sus piezas  
son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:	FABRICA:	Distribuidores para España:
A. B. G.	Etablissements MOLLA	Serrero y Revah
Nueva de la Trinidad, 11 MADRID	5, rue Jean Daudin PARIS	99, Paseo de Gracia BARCELONA

## ALFON O FOTOGRAFO

FUENCARRAL 6 MADRID.  
TOLEDO 63 MADRID.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo.  
Se admiten suscripciones y anuncios.

## CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico  
de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales  
Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --